ntenario centenario centenario centenario centenario centenario centen
enario centenario centenario centenario centenario centenario centenar

María Moliner

Institución «Fernando el Católico»
Excma. Diputación de Zaragoza

La versión original y completa de esta obra debe consultarse en:
https://ifc.dpz.es/publicaciones/ebooks/id/2225

Esta obra está sujeta a la licencia CC BY-NC-ND 4.0 Internacional de Creative Commons que determina lo siguiente:

- BY (Reconocimiento): Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.

- NC (No comercial): La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.

- ND (Sin obras derivadas): La autorización para explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.

Para ver una copia de esta licencia, visite https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

biografía

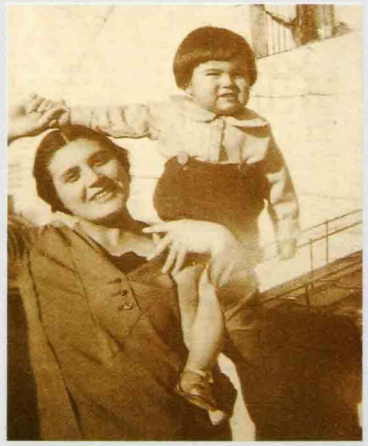
Como bien señala Manuel Seco, la gran repercusión del *Diccionario de uso del español*, ha hecho que el nombre de María Moliner se identifique más con un libro de consulta que con una persona de carne y hueso. Sin embargo, ese nombre corresponde a una mujer, emprendedora y vital, cuya trayectoria personal y profesional estuvo marcada por los sucesos históricos que le tocaron vivir.

María Moliner Ruiz nació en Paniza (Zaragoza) sólo unos meses antes de que el siglo XX viese la luz, el 30 de marzo de 1900. Cuando apenas contaba cuatro años de edad, su padre, médico de profesión, ingresó en la Marina, por lo que la familia hubo de afincarse en Madrid, donde, tanto ella como el primogénito, Enrique, y la benjamina, Matilde, recibieron su primera instrucción.

En 1912, el cabeza de familia, que viajaba ocasionalmente como médico de barco, decidió no regresar de Argentina y rehacer allí su vida. Comenzó entonces un periodo duro para María, su madre y sus hermanos, que se vieron obligados a fijar su residencia en Zaragoza, si bien pasaban largas temporadas en Villarreal de Huerva. Con el fin de incrementar los ingresos familiares, María se dedicó a dar clases particulares, a la par que completaba su educación secundaria.

Entre 1918 y 1921 cursó la carrera de Filosofía y Letras, Sección de Historia. Fue una de las contadas mujeres que por aquel entonces se veían en las aulas universitarias, patrimonio casi exclusivo de sus compañeros varones. Al año siguiente de licenciarse ingresó por oposición en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. Su primer destino la llevó hasta Simancas, donde permaneció hasta obtener, en 1924, un puesto en el Archivo de Hacienda en Murcia. En dicha ciudad conoció a quien sería su marido, el físico catalán Fernando Ramón, uno de los introductores en España de las teorías de Albert Einstein. Tras un breve noviazgo, la pareja contrajo matrimonio y pronto nacieron sus hijos Enrique y Fernando.

En 1929, la joven familia se trasladó a Valencia. Allí, María entró a trabajar en el Archivo Provincial de Hacienda, mientras su marido pasó a ejercer la docencia en la Facultad de Ciencias. Preocupados por la educación de sus hijos -no tardarían en venir al mundo los pequeños, Carmen y Pedro-, se unieron a varios amigos de pensamiento afín para crear uno de los colegios más avanzados de su época en el campo pedagógico: la Escuela Cossío (1930-1939). Fue llamada así en honor de Manuel Bartolomé Cossío, destacado miembro de la Institución Libre de Enseñanza, y estuvo alentada por los mismos ideales progresistas que ésta. En ella María Moliner impartió clases de Gramática y seminarios de Literatura, además de ser vocal del Consejo Directivo.



Los primeros gobiernos de la II República pretendieron hacer de la educación un motor de progreso y de regeneración social. Con el fin de establecer pequeñas bibliotecas en el ámbito rural, fue fundado el Patronato de Misiones Pedagógicas, en cuya delegación valenciana se integró María Moliner. Fruto de su experiencia, presentó una comunicación sobre la organización bibliotecaria española en el II Congreso Internacional de Bibliotecas y Bibliografía, celebrado en Madrid en 1935, y poco después redactó unas *Instrucciones para el servicio de pequeñas bibliotecas*.

En septiembre de 1936, ya en plena Guerra Civil, fue nombrada directora de la Biblioteca Universitaria y Provincial de Valencia, que no sólo atendía las necesidades de la comunidad universitaria, sino que también articulaba la red de bibliotecas populares de la ciudad. A su vez, se puso al frente de la Oficina de Adquisición y Cambio Internacional de Publicaciones, y fue elegida vocal de la Sección de Bibliotecas del Consejo Central de Archivos, Bibliotecas y Tesoro Artístico. A finales de 1937, convertida Valencia en la capital provisional de la República, renunció a su cargo en la Universidad para centrarse en su trabajo en esos dos últimos organismos, responsables de la política bibliotecaria en la España republicana.

Su labor cristalizó en la redacción de un *Proyecto de bases de un plan de organización general de bibliotecas del Estado*. La detallada planificación trazada, junto con su lógica y clara estructura, han llevado a los especialistas a afirmar que, posiblemente, se trate del plan bibliotecario más completo y ambicioso de la historia de España. Sin embargo, el desenlace de la guerra impediría su materialización y daría al traste con los sueños de renovación social y cultural de María Moliner y de quienes la rodeaban. Varios de sus amigos emprendieron el camino del exilio y otros sufrieron represalias. Su marido fue suspendido de empleo y sueldo, y desterrado a Murcia, mientras la propia María, gracias al testimonio de partidarios del nuevo régimen que dieron fe de su equidad, sólo vio reducida su categoría en el escalafón administrativo.

En 1946, Fernando Ramón fue rehabilitado y consiguió una plaza de catedrático en la Universidad de Salamanca. Ese mismo año, María Moliner se incorporó a la Biblioteca de la Escuela de Ingenieros Industriales de Madrid, a la que estaría adscrita hasta su jubilación. Al poco tiempo de llegar a Madrid, truncados sus grandes proyectos de juventud y sumida en un rutinario quehacer cotidiano, con sus hijos ya mayores y alejada de su marido, al que sólo veía los fines de semana, nació en ella la idea de elaborar un diccionario que ayudara a mejorar el uso de la lengua.

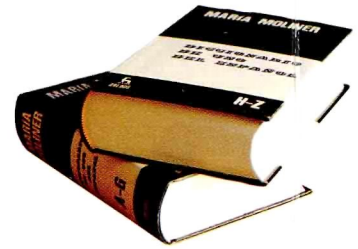
Para ello, a principios de los años 50 comenzó a redactar y a compilar las primeras fichas, pronto miles, en las horas que le dejaba libre su empleo. Después de lustros de minucioso trabajo, lo dio a conocer a la Editorial Gredos, que decidió publicar, en 1966, su monumental *Diccionario de uso del español*. El éxito obtenido por una obra original y de tal magnitud que parece ser resultado de la labor colectiva de un nutrido grupo de especialistas, motivó que de su primera edición se hicieran veintisiete reimpresiones, que se comercializara en CD-ROM y que fuera reeditado el año 1998, una vez actualizado y ampliado.

María Moliner fue la primera mujer en ser postulada para ocupar un sillón en la Real Academia de la Lengua, pero no tuvo el respaldo necesario para ingresar en una institución aún condicionada por rancios prejuicios contra su sexo. Sus últimos años estuvieron ensombrecidos por la muerte de su marido y por el agravamiento de su arteriosclerosis cerebral, que le fue privando progresivamente de su lucidez hasta su fallecimiento, ocurrido el 22 de enero de 1981.

El *Diccionario de uso del español*

cultura. En sentido amplio, cultivo. Este significado tiene como sufijo, así como en la expresión «cultura física» y en alguna otra, pero es desusado en general. Conjunto de los *conocimientos no especializados, adquiridos por una persona mediante el estudio, las lecturas, los viajes, etc. Conjunto de los conocimientos, grado de desarrollo científico e industrial, estado social, ideas, arte, etc., de un país o una época: 'La cultura clásica. La cultura moderna'. «Civilización». Conjunto de la actividad espiritual de la humanidad: 'Historia de la cultura'. Se ha propuesto, sin que haya llegado a cuajar la idea, una distinción entre «cultura» y «civilización», aplicando la primera palabra al grado de perfeccionamiento social o de relaciones humanas y reservando la segunda para el progreso científico y material. (V. «ADELANTO, AVANCE, CIENCIA, CIVILIZACIÓN, *CONOCIMIENTOS, ERUDICIÓN, ILUSTRACIÓN, INSTRUCCIÓN, *lectura, literatura*, LUCES, *PROGRESO, SABER. DEFICIENTE, SÓLIDA, VASTA. ADELANTADA, ATRASADA. EMPORIO. *INCULTO. OBSCURANTISTA, RETARDATARIO».)

PUNTOS SUSPENSIVOS (...).- Se emplean, representando una pausa del lenguaje hablado en que se mantiene la tensión de las cuerdas vocales, cuando se deja en suspenso una frase esperando que el lector conoce el resto: 'El que se pica...'. Cuando en una exclamación se omite la apódosis de una oración con "si" o "tan": '¡Es tan guapo...! ¡Si viniera pronto...!'. Representan también la suspensión de la locución por vacilación: 'Se lo diría... pero ¿cómo?'.



El diccionario elaborado por María Moliner se aparta de los cánones de los diccionarios clásicos, ya que no es normativo, sino de uso. Pensado como una herramienta útil del lenguaje, no sólo dice lo que significan las palabras sino que también indica cómo se emplean, en qué circunstancias y qué matices o acepciones pueden tener.

La elección de las entradas ha sido hecha de acuerdo con las pautas marcadas por el *Diccionario de la Real Academia Española* (DRAE), pero han quedado excluidos algunos arcaísmos y expresiones caducas, al mismo tiempo que se han introducido neologismos y préstamos que responden a necesidades expresivas reales. Además, con un diferente cuerpo de letra, se traza una clara diferenciación entre léxico habitual y no habitual.

Destaca, asimismo, la presencia de raíces o afijos (-corp, punc-, eco-, -miento, etc.), así como de distintos sonidos onomatopéyicos (bum, chiss, cras o mmm), de los que se indica con qué fin se utilizan.

La disposición de las entradas era una de las señas de identidad más sobresalientes de la primera edición del Diccionario de uso del español, al combinarse la ordenación alfabética con la agrupación de palabras por familias léxicas. Bajo una raíz común o una palabra "matriz" se reunía un conjunto de vocablos que se derivaba de ellas o con las que guardaba una relación etimológica. En esa asociación, las palabras adquirían su verdadero valor, su empleo era más consciente y, para los no hispanohablantes, resultaban más fáciles de retener. Así, balón formaba parte de los términos vinculados a bala, por lo que aparecía, por ejemplo, antes que balada, y dirección o directriz sucedían a dirigir, ya que esta última es "madre" de las primeras.

María Moliner desmontó todas las definiciones del DRAE y las volvió a redactar, con un vocabulario sencillo, alejado de todo retoricismo o formulismo -entre otras cosas, desaparece el manido "Dícese"-. A su vez, evitó remitir de unos sinónimos a otros, en círculo vicioso, sin llegar nunca a explicar el significado del vocablo.

En cada entrada recogió también un rico material complementario: etimología, sinónimos, términos equivalentes y ejemplos que aclaran el término y resuelven posibles dudas. Igualmente, facilita catálogos de palabras y expresiones relacionadas, semántica o conceptualmente, así como frases hechas de empleo cotidiano.

Voces como puntuación, verbo, oración, artículo o relativo, eran aprovechadas, por su parte, para desarrollar una sucinta gramática de uso.

Bibliotecas y cultura

«El bibliotecario, para poner entusiasmo en su tarea, necesita creer en estas dos cosas: en la capacidad de mejoramiento espiritual de la gente a quien va a servir, y en la eficacia de su propia misión para contribuir a ese mejoramiento.

[...] En vuestro pueblo la gente no es más cerril que en otros pueblos de España ni que en otros pueblos del mundo. Probad a hablarles de cultura y veréis cómo sus ojos se abren y sus cabezas se mueven en un gesto de asentimiento, y cómo invariablemente responden: ¡Eso, eso es lo que nos hace falta, cultura!

Ellos presienten, en efecto, que es cultura lo que necesitan, que sin ella no hay posibilidad de liberación efectiva, que sólo ella ha de dotarles de impulso suficiente para incorporarse a la marcha fatal del progreso humano sin riesgo de ser revolcados; sienten también que la cultura que a ellos les está negada es un privilegio más que se confiere a ciertas gentes sin ninguna superioridad intrínseca sobre ellos, a veces con un valor moral nulo, una superioridad efectiva en estimación de la sociedad, en posición económica, etc. Y se revuelven contra eso que vagamente comprenden pidiendo cultura, cultura...».

Instrucciones para el servicio de pequeñas bibliotecas (Valencia, 1937)

PARA SABER MÁS

P. Faus, *La lectura pública en España*, ANABAD, Madrid, 1990
Trébede, nº 36, marzo de 2000 (monográfico dedicado a María Moliner en su centenario)
Heraldo de Aragón, suplemento especial de 26 de marzo de 2000
Pág. web del Instituto Cervantes (http://cvc.cervantes.es/especiales/mmoliner)

La mujer que escribió un diccionario

La poetisa Carmen Conde, primera mujer en ingresar en la Real Academia, siempre aseguró estar ocupando una plaza que, en realidad, correspondía a María Moliner. Como ella, muchos profesionales de las letras, de varias generaciones, han reconocido su impagable deuda con el *Diccionario de uso del español* y con su creadora. Así, Fernando Savater, quien afirmaba que era «el único diccionario que se podía manejar en este país» y Miguel Delibes ha señalado que «es una obra que justifica toda una vida».

Pero, posiblemente, uno de los elogios más sentidos y que más ha contribuido a difundir la figura y la obra de María Moliner fue el que le dedicara Gabriel García Márquez en un artículo titulado *La mujer que escribió un diccionario*, publicado el 10 de febrero de 1981 en el diario *El País*. Este novelista colombiano, de fama universal, encontraba asombroso que una mujer, en la España de mediados del siglo XX, hubiera redactado sola, en casa, con su propia mano, «el diccionario más completo, más útil, más acucioso y más divertido de la lengua castellana». En él, aseguraba, había logrado plasmar la realidad de una lengua viva que, como si fuera arena, se le escapaba de entre los dedos a los académicos, partidarios de oscuras definiciones y reacios a legitimar el empleo de las palabras hasta que ya estaban rígidas y gastadas por su uso.

Unos años antes, el autor de *Cien años de soledad* quiso visitar a María Moliner pero, con gran sorpresa para él, resultó que no era una mujer muy conocida. Pudo, sin embargo, dar con su hijo menor, Pedro, quien le indicó que su madre estaba muy enferma y no recibía visitas.

Tras su muerte, García Márquez, según aseguró, se encontró como si hubiera perdido a alguien que, sin saberlo, había trabajado para él durante muchos años. Una persona única, «que pretendió agarrar al vuelo todas las palabras de la vida» para ponerlas a disposición de todos los que utilizan el español para expresarse. ■

1900 *María Moliner nace en Paniza, Zaragoza*
1904 *Su familia se traslada a Madrid*
1912 *Su padre se afinca en Argentina y la familia debe regresar a Aragón*
1918 *Inicia la carrera de Filosofía y Letras, que acabará tres años después*
1922 *Aprueba las oposiciones al Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos*
1924 *De Simancas, es trasladada a Murcia, donde conoce a Fernando Ramón*
1925 *Boda de Fernando Ramón y María Moliner*
1929 *La familia Ramón Moliner fija su residencia en Valencia*
1937 *Ocupa puestos de responsabilidad en la organización bibliotecaria del Estado*
1946 *Se instala con su familia en Madrid*
1966 *Es presentado el primer volumen del* Diccionario de uso del español
1972 *Es propuesta para ocupar un sillón en la Real Academia de la Lengua*
1974 *Muere su marido, Fernando Ramón, y empeora de su enfermedad cerebral*
1981 *María Moliner fallece en Madrid*

Publicación nº 2.153 de la Institución «Fernando el Católico» (Diputación de Zaragoza)
Texto y diseño: José Francisco Ruiz - D.L.: Z-360-2001
Impresión: INO Reproducciones S. A.

INSTITUCIÓN «FERNANDO EL CATÓLICO» EXCMA. DIPUTACIÓN DE ZARAGOZA

Portada: Busto en bronce de María Moliner, por J. M. Lasanta (Foto: *Spectrum*)